

# «SIGNALHORN»

Rosario Platz, Christoph Hafner y Josep M. Valdasquin

El pasado mes de marzo, se realizó una instalación en la Galería Carles Poy de Barcelona, por diferentes artistas bajo el tema de el fracaso. En sus textos se llegaba a la conclusión de que el fracaso había dejado de existir debido a la velocidad con que cambian las tendencias y asimismo ocurre con el éxito. El artista es consciente de lo efímero de su arte y el ambiente social le obliga a mostrar su propia obra bajo el título de instalación. Instalación es algo que se instala para después quitarlo y dejar de nuevo el espacio limpio. La escultura no es ajena a estos esquemas, superando la complejidad del volumen, tiempo y peso. Los clásicos monumentos del siglo XIX y de las posguerras de este siglo, han muerto. Hoy en día no da tiempo a la creación de mitos dignos de monumentalidad. Entonces el artista se alimentaba de los mitos sociales, hoy los artistas nos nutrimos de nuestros propios mitos, los creamos y evolucionamos con ellos. Sin embargo existe la voluntad de integrar nuevos elementos en las instalaciones que globalicen y ocupen el espacio, como por ejemplo las aportaciones sonoras. El sonido se utiliza como complemento de la obra clásica, de manera que la obra depende de él y cobra uno u otro significado dependiendo del elemento sonoro. Con la utilización del sonido en una obra plástica, el espectador se transforma a su vez en oyente, recurriendo pues a una doble sensibilidad: la visual y la sonora.

Como el concepto de instalación implica modificar el entorno, es a su vez una intervención y por lo tanto surge la cuestión de si todo arte es político. El concepto «Arte-Político» se asienta en dos ideas: contener un mensaje y la gran difusión para resultar eficaz. Cuanto más se separa el arte del compromiso político, más se reduce su expresión ideológica en favor de la metáfora poética y la alienación formal. Su pretensión de «arte para las masas» se convierte en utopía. El fracaso de esta utopía deja claro que la reacción estética responde a imperativos sociales, lo que viene a demostrar la falsedad en la que muchos creían, esto es, que el arte, por sus dispositivos y por los del artista, revolvía las estructuras de la sociedad. Aún así resurge actualmente una corriente llamada Arte-político con artistas «comprometidos». Si el arte no puede generar política, sí es posible, según Arnau Puig, poner en marcha una estructura cultural que genere política. Las estructuras culturales se despidieron como vehículo de progreso por abolición de la autodeterminación de la cultura, a través de intereses políticos y económicos que desarrollaban sus propias estructuras de especialistas, creando una máquina de cultura. Una máquina que produce valor de prestigio, cultura de alto standing, arte como elogio a la

institución. Ante el fracaso de la utopía de una vanguardia y del hundimiento de la estrategia de innovación en la cual la provocación queda como un acto teatral patético y subvencionado y en el que la ironía no se percibe porque ya está superado por la realidad, la postura que le queda al artista es volver a Babel: «donde el arte extrae su fuerza, no construyendo escaleras hacia ninguna divinidad, sino recreándose en el castigo de la confusión de lenguas y estilos».

